

SER PAREJA – SER PADRES

*La pareja nace, vive y muere si no se cuida.
Hasta hace pocos años las personas se unían para formar una familia,
no para vivir en pareja.
Hoy, vivir en pareja es una opción, se tenga o no familia;
pero la relación conyugal está saturada de exigencias, es decir,
a la pareja se le pide demasiado y las funciones parentales a veces la olvidan.*

Juntas pero no revueltas

Construimos la vida familiar sobre dos vigas maestras: la Conyugalidad y la Parentalidad. Ambas tienen relación con la historia individual de cada miembro que las conforma, son independientes entre sí -aunque se influyen mutuamente- y están sujetas a los cambios de la vida, o sea, cambiamos como cónyuges y como padres con el paso del tiempo.

El *vínculo parental* está determinado por la herencia y la consanguinidad, los hijos no nos pueden elegir como padres como tampoco nosotros elegimos a nuestros hijos; sin embargo, sí elegimos a nuestra pareja. Esta elección y el mantener relaciones sexuales dentro de la familia son dos características exclusivas del *vínculo conyugal*. Lo que se elige en un momento dado se puede descartar, pero nunca podremos dejar de ser hijos ni padres, ni tener relaciones sexuales con nuestros progenitores y descendientes.

Durante una importante parte de nuestro Ciclo Vital la Conyugalidad –sentirse pareja- y la Parentalidad –ejercer como padres- coexisten, pero no debemos mezclarlas y menos aún que una crezca a costa de la otra.

Al principio era la pareja...

Sabemos que no elegimos por casualidad a nuestras parejas, y que cuando dos personas se eligen y deciden convivir nunca comienzan de cero su andadura. Cada una lleva en su maleta un ajuar muy peculiar: sus características personales y todo un bagaje de experiencia con su propia familia de origen, bien sea para imitarla, bien para corregirla.

En el mundo de la pareja uno más uno es igual a tres, donde el tercero es el tipo de vínculo que ambos cónyuges van construyendo y alimentando a lo largo de los años. Antiguamente las parejas se unían por intereses, los tiempos de “contigo pan y cebolla” también pertenecen a anteriores generaciones; hoy, nos unimos por amor, pero no sólo de amor vive la pareja, además necesita: un reconocimiento mutuo, un re-planteamiento sobre qué tipo de relación de pareja queremos construir y un sentimiento de pertenencia entorno a un proyecto común para el futuro.

Si a lo anterior añadimos que proyectamos demasiadas expectativas en la relación conyugal; buscamos en el otro apoyo, comprensión, nutrición afectiva; le pedimos que nos deje realizarnos individualmente, que sea fuente de satisfacciones sexuales, reproductoras, económicas, sociales, intelectuales, etc. No es aventurar afirmar que la pareja como entidad está saturada por tanta sobreexigencia, vive “tensionada” en el día a día hasta límites que no nos damos cuenta.

Al “otro” le pedimos buena nota en todo y nos sentimos frustrados cuando no responde a la altura esperada. Muchas de las separaciones que se dan en la actualidad, tienen como punto de partida la desilusión y el desencanto porque no se cumplen las inhumanas expectativas que pedimos hoy en día al vínculo conyugal.

... y luego nacieron los padres...

Cuando nace el primer hijo, nacen dos padres. La parentalidad tiene la misma edad que el hijo mayor y pasa por similares etapas de cambio y desarrollo que los hijos. Al principio los padres se sienten confusos y dependientes, luego comienzan a andar solos y cuando uno cree que está encaminada la educación irrumpe sin avisar la crisis de identidad como padres: ¿en qué me he equivocado?, ¡ya no sé cómo educar a mis hijos!, yo digo y tú haces... No se nos olvide que cuando un hijo está en la adolescencia, los padres como tales también son adolescentes y están sujetos a muchos cambios y tensiones. Pasada la crisis de identidad llega la serenidad y la madurez.

Además de la crianza y la educación, la parentalidad tiene varias facetas importantes para la salud de los hijos: la función nutritiva emocional, la tarea socializadora, enseñar a que ellos mismos se cuiden y se protejan desde pequeños, activar la función de desear en los hijos, y está también el compromiso ético transgeneracional en la trasmisión de los valores y la cultura.

Querer a los hijos no es suficiente. Los padres tenemos que aceptarles tal y como son -o sea, que sientan nuestra mirada de reconocimiento por cómo son y no por lo que hacen o cómo responden a nuestros deseos-, administrarles normas, facilitar su proceso de autonomía, etc. etc. etc. ¡Menos mal que nos dan enormes satisfacciones!

... y los padres se olvidaron de la pareja...

Como vemos, ser padres es cansado y complejo, pero no insuperable. Además nadie nace sabiendo, la vida cotidiana nos enseña como también nos ayuda: “hacer parque”, compartir con otros padres nuestras preocupaciones, asimilar que lo que funciona hoy mañana no, que la estrategia válida con el primero no sirve con la segunda, que la relación cuando son pequeños ya no vale después...

La realidad es que ser padres nos ocupa mucho tiempo y energía. Y con tanta dedicación puede llegar un día en el que nos preguntemos ¿quién es este o esta que duerme junto a mí y en mi cama? Años después nuestra pareja puede resultarnos una persona desconocida.

Hay parejas que cuando nacen como padres descuidan su mundo conyugal, son sobre todo padres. Unos porque se olvidaron que son pareja además de; otros, sobrecargados de responsabilidades nunca pudieron sacar un poco de tiempo para ellos mismos, algunos salieron dañados de las disputas cotidianas...

La pareja si no se cuida se muere y del roce sólo podemos esperar ampollas. Una de las mejores recomendaciones que se puede hacer para que no se desvitalice la relación de pareja con el paso del tiempo es que los cónyuges echen todos los días “un durito a la hucha de la pareja”, solo así conseguiremos un buen capital al cabo de los años. Cada uno sabe lo que en su mundo conyugal puede significar el “durito diario”, lo que no suele funcionar es darse un atracón de pareja cada mucho tiempo.

... y al final la pareja se emancipa

Mostrar a nuestros hijos que tenemos nuestra complicidad, que no todo nuestro mundo se acaba en ellos, que cultivamos nuestra parcela conyugal... es un magnífico modelo de pareja y parentalidad que les transmitimos. Reequilibrar las distancias emocionales a lo largo de los años entre los cónyuges y entre padres e hijos es difícil pero no imposible, tenemos toda una vida para conseguirlo.

Tener éxito como padres es “dejar de ser padres” algún día. Es decir, toda nuestra labor está destinada a que nuestros hijos se hagan responsables de sí mismos y llegue el día que nos podamos relacionar con ellos de adulto a adulto. La parentalidad entendida desde este prisma está condenada “al paro”. Paradojas de la vida: cuando los hijos están listos, vuelan con su ajuar y la pareja se emancipa.